

Padres con poder o padres con afecto. Una ruta hacia el ser madres.

A mitad de semana, Juvencio padre de Shinye deambulo con propósito definido hasta divisar la cabina de telefonía celular buscada; digito los once números registrados en su diminuta agenda y espero al indicado, en los siguientes segundos la operadora le recordó a la institución que tubo el gusto de llamar, hasta que la voz melodiosa fue interferida por la benévola de su jefe: - Buenos días, a quien tengo el gusto de atender-. – Con Juvencio – Respondió, sabiendo que lo determinaría. -Hola Juvencio, tengo malas noticias para usted, el pago se demora quince días mas-. Juvencio sin reflexión u oposición contesto: - Esta bien, vuelvo a llamar otro día, que este muy bien-. Esta fue una de las ultimas conversaciones, en donde las voces disminuían su repertorio por la rumiante respuesta: “En 15 días”, y que pronto, removería en su mente la irracional importancia del recurso dinero en la relación con su hijo. Momentos después, su aparato psicológico transito sin rumbo por los recuerdos del quehacer con el pequeño Shinye, de viernes a domingo, aprendiendo hábitos hogareños como los de bañar al chico, acompañarlo en el digerir de los alimentos, salir de paseo en bicicletas, realizar tareas, compartir películas infantiles y de acción no fácticas, y finalmente, los domingos entrar a la plaza de mercado a comprar las frutas como responsabilidad contractual acordada con su madre, diligencia a la cual no supo cuando se adhirió la adquisición de un juguete, un habito adaptado inconscientemente y percibido con claridad en los últimos cinco domingos de regocijo paterno. Fue entonces, cuando sus ojos se confabularon con su mente para recolectar y mantener aprisionada la imagen de Shinye donando tiempo para si, en la selección de algún súper héroe inquieto en los anaqueles de la caseta infantil.

El día viernes, un poco tarde, busco a su ser amado, mientras golpeaba la puerta del hogar materno alcanzo a escuchar las cortas impresiones expresadas de su hijo sobre alguna película infantil, acto que prosiguió hasta el momento en que fue interferido por la presencia de su exesposa, ubicada al fondo de la puerta entre abierta; entonces saludo con un “ola” juvenil y pregunto: - Shinye se encuentra-, la madre respondió: - Si, pero aún no ha cenado, y además envió por una película para verla con sus tías, porque no lo llevas mañana -. - Esta bien, regreso mañana a medio día-, respondió Juvencio con calma, pues sin intención se había cerciorado de lo contado. Se despidió sin contratiempos, sin embargo, en el transcurso del camino lo invadió la preocupación, no pregunto a su propio hijo si deseaba quedarse, entonces, el acto de su madre le resulto sospechoso y lo envió como tormenta expandida sin aviso a acompañar la imagen de Shinye en la caseta infantil.

El día sábado tal como auguro su visita, retorno a las doce y cuarenta y cinco la tarde, en un solo golpe de puerta, salió Shinye apresurado a donar su inmemorable abrazo, sobre la nuca inclinada de su padre esperando el apretón de enérgica liberación. Ailen, nombre de la madre del pequeño, desde el fondo del salón traía en sus cálidas manos, el bolso lleno de ropa, precaviendo los tres días de ausencia y en el trascurso hacia la puerta recomendó a Shinye, una frase que a Juvencio le sonó ofensiva: - Traerá las medias, usted siempre se olvida-, por lo cual, respondió inmediatamente el padre: - La ropa esta allí en la casa, no se ha perdido– Ailen contesto: - Usted si, no -, agitando levemente su cabeza y donando un momento de silencio; acto, al cual nuevamente Juvencio se enfrento bombardeando cautelosamente: - La ropa esta en la casa, no tengo a nadie más a quien dársela-, allí, termino la incomunicación humana entre los dos padres, mientras el chico estaba listo para marchar. Grande y chico salieron juntos desde el patio frontal de la casa, cada uno

con su bicicleta como seres libertarios equilibraron las dos ruedas andantes, mientras tanto Shinye percatado del suceso intento cautelosamente reparar: - La mamá siempre ordena. Todo manda-

Ese día, Juvencio se adjudicó un reto para su hijo; lo invito a conocer en bicicleta el Río Sincrodestinoy, que se perpetuaba de entre los limite de municipio de residencia y otro; la jornada los llevo a afrontar las empolvadas calles producto de las busetas rurales, usuales en los días domingo; el padre transitaba de tras del hijo, mientras el último asumió con tranquilidad el recorrido con ojos sigilosos y manos aún temblorosas. Alborozado Shinye después de unos minutos de recorrido, desistió del concejo dado por su padre, descansar un momento, hasta que juntos miraron sobre los arenales hundidos, la fuerza tumultuosa de agua deslizándose con rumbo ya prefijado en los tiempos de reforma agraria. Bajaron las ciclas a las pequeñas vegas aún infértiles y transitaron por su pedregoso suelo hasta la orilla de la plaza blanquecina, la intención del padre simplemente se remontaba a lanzar piedras como lo habían hecho en tiempos pasados, los cuales se diferenciaban al actual momento, por el hecho de haberlos trasportado hasta allí, una sola bicicleta dotada de parilla. Shinye esta vez no se complació con la inerte contemplación de las rebeldes aguas o variación de olas salpicadas por el golpe de piedras lanzadas desde la orillas, por lo cual invito a su padre a pasar algunos riachuelos bajos.

El Padre hizo remembranza de la pequeña tos de Shinye durante el recorrido en cicla, movilizo los gemelos visionarios para contemplar la fría e impura plaza hundible, pauso su mente y continuo perfeccionando la posible contingencia a enfrentar, complementando el miedo por el incumplimiento de las recomendaciones maternas; dio una nueva transición y definió su accionar sin reparo, arremangó su pantalón hasta las rodillas precaviendo infiltración de agua, extrajo sus zapatos cubiertos de arena, quito de sus pies las fundas gemelas encubiertas por un solo roto, enlazo en su cuello el buzo, aseguro todos los objetos, tomo en su brazos a Shinye con firmeza y prosiguió a desplazarse por los riachuelos hasta llegar al más profundo. El reto trascendió, Shinye fascinado al filo del enlagueado espacio, recogió en su fondo algunas piedras pintadas como vacas holstein, asta el punto de salpicar con burbujas refrigeradas su cuerpo, en ese momento inicio a convivir con el agua desde la entrada a la plaza, pero, su ansia infantil de trascender limites lo llevo a anhelar desplazarse hundido por la masa acuosa. Juvencio, asumió el reto infundido por su hijo: - Papi quiero caminar en el agua-, abandono la premonición de sucesos futuros, extrajo los diminutos zapatos de cuero, las medias nuevas y también su pantalón debido a sus cortas rodillas, para en adelante afrontar juntos las pequeñas olas del río San Francisco en un atardecer soleado. Así, minuto a minuto con sus manos entrelazadas recorrieron la plaza sin importar la impureza, las piedras golpeando las palmas de sus pies y las gotas incrustadas en la ropa por los pasos dados en sentido contrario al caudal; el río había unido a los dos seres en un gratificante camino de reconocimiento del mismo. En ese entonces, el río San Francisco fue el espacio propicio para el encuentro humano, hoy abandonado por el temor de los mismos que lo contaminamos.

La adrenalina había pasado, tranquilos reconociéndose como iguales, sin reservas y concejos del padre hacia el hijo juntos fueron consolidando una relación vital, que se resumió en la siguiente frase que las 4 manos y 2 maderos unieron sobre las playas arenosas: "Las huellas muestran tu vida", escrita por Juvencio y "Shinye" escrito por Shinye, para fusionarse en: "Las Huellas muestran tu vida. Shinye.", frase a la cual el hijo recomendó ponerle el punto final. Saliendo de los riachuelos, el padre pensó que todo había concluido, pero, su hijo volvió a detenerse sobre las arenas duras y escribió solo: "Juvencio, te quiero mucho" recalcando una falla en la última "o" de la hermosa obra de arte.

Al anochecer, reposaban agotados sobre la cama. Entonces Shinye adormecido solicito: - Papi cuéntame un cuento-, el padre extenuado respondió: - No se ninguno-, entonces Shinye repuso: - Invéntate uno-. Así, el hijo exploto en los últimos momentos de vigilia, otro poco de creatividad del padre. Centro su narración en un solo hombre; un lector de literatura que por su amor a las obras de García Marquez y José Saramago en la biblioteca pública le hurtaron la sombrilla, mientras buscaba en los anaqueles oscuros la obra: Ensayo sobre la Ceguera. El hurto en primera instancia sepulto a los ladrones en su mente, insultos y auguraciones desastrosas, pero momentos después, sosegado, dándole tiempo al suceso, incubo una innovación estratégica, "bienes públicos para todos"; esta consistía en colocar un portasombrillas colectivo en el parque municipal, mercado y carrera décima, con 600 sombrillas azul cielo obscurecido con el propósito de evadir recelos sexistas y tatuadas del lema filosofal ininteligible: "No es mía es de todos". El nudo de la narración, nadie devolvió lo que no era de ellos. El resultado final se fue entretejiendo entre padre e hijo; el primer ser humano que comprendió el mensaje no necesito de aglomeración de conocimientos, era una niña percibiendo sin hipótesis la realidad, quien al atardecer después de la lluvia dejo la sombrilla en su lugar, porque "No era suya, era de todos", según Shinye; prosiguieron la historia por múltiples senderos; el padre narrando los actos de un nuevo personaje conciente de tener un objeto que no era suyo, y el hijo ausentes sus ojos, respondiendo: - La devolvió por que no era suya, es de todos-.

Shinye como siempre despertó primero. El padre aún soñoliento, plancho su ropa para bañarse, pero como el agua tibia no daba espera, plancho el pantalón y camiseta de su hijo. Preparó el agua en un recipiente circular de 100 litros simulando una bañera, tomo una porción para jabonar y enjuagar el cabello lacio de su hijo y lo sumergió medio cuerpo en el recipiente para lavar su componentes, un hábito desprendido de los malos juicios dados al río San Francisco el día anterior. Shinye hundido, posaba en silencio mientras imaginaba su deseo, no espero más, rompió el silencio y lanzo el golpe fatal que había augurado su padre: - Papi quiero un juguete-. Juvencio ya sabia la respuesta: - No es posible, no hay plata-, el silencio retomo su lugar. Su hijo parecía establecer una barrera impenetrable de la comunicación humana, sin embargo, al sacarlo de la bañera, su padre encontró endurecido, pesado y ruborizado el diminuto cuerpo, entonces comprendió el desconcierto y rechazo exhibido desde un nuevo lenguaje; tal era la dureza del pequeño que desistió por momentos de secarlo, hasta que empeoro su estado usando la intimidación, mostró la negra correa ante sus ojos para posibilitar el acceso sin afecto. Minutos después protegido del frío con el traje planchado, dejo a su hijo en libertar, el silencio continuo amurallado minuto a minuto, hasta que el padre retomo su tranquilidad y volvió a insistir: - Salgamos pero no hay para el juguete-, entonces el hijo irrumpió en llanto diciendo: - No me compraras el juguete, para eso me hubiera quedado en la casa-, la frase fue suficiente para retar al padre: - Entonces espere, me baño y lo llevo a su casa-.

Mientras se alistaba para ducharse, recogió su ropa y de manera alterna observo a su hijo silencioso desplazándose al salón contiguo, allí, tomo la cicla y partió solo a su casa. El padre inmovilizado frente al acto, en las horas siguientes rumio la imagen del pequeño; libre, tomando una decisión sin reparo; la mastico tanto que la envió a la base de datos negativos de su memoria, justificando que efectivamente la ausencia de plata era un contingente ante su relación dominical con Shinye. Continuo atormentado hasta el anochecer, la valentía de su hijo por ningún lado le parecía justificable, creyó por momentos que su acto era libertario, pero al final comenzó lentamente a comprender, la forma como el dependía del dinero sustentaba el naciente comportamiento del niño ante un objeto similar, entonces no solo era una pelea entre los dos, sino también frente a los objetos. Lo anterior flexibilizo su posición, intento recostarse pero las pequeñas botas bajo la cama, el gorro de Papá Noel jipi y los juguetes sobre las cobijas 4 tigres,

aceleraron su corazón y lo motivo a llamar, marco los once números y el celular materno retumbo hasta que la voz de padre pregunto: -Esta Shinye-, Ailen contesto: - Ya lo paso-, duro uno segundos y contesto nuevamente: - No quiso pasar-, la respuesta no lo desmotivo, solo lo distancio.

Al amanecer del día lunes, el padre retomo su vida. Recordó pausadamente la alegría del abrazo, el dialogó entrecruzado durante el recorrido en cicla, la libertad conjunta en el Río San Francisco, los acuerdos mutuos sobre la arena, los juegos en la bañera y la generación de ideas literarias, imagino detalle a detalle cada momento y encontró más actos positivos que el simple suceso final carroñero de su relación afectiva. Entonces dijo: - Los momentos de mayor felicidad con mi hijo no necesitaron de plata, pero cuando la tome como indispensable en nuestras vidas, irrumpió la infelicidad.

Finalmente auguro: "Shinye volverá, porque hay muchos modos de vivir, que cosas por comprar para vivir"

La esperanza del reencuentro con Shinye se mantuvo hasta el día sábado. Juvencio volvió al hogar materno, golpeo la puerta, espero unos instantes y Shinye mostró por la ventana la ovalada masa que sujeta sus ojos, nariz, orejas, cabellos, y labios que movilizadas pronunciaron con euforia: Es Juvencio.... . Las anacondas gemelas rodearon el cuello para dar su característico apretón, mientras las otras dos torpes se envolvían en la cintura y los dos labios enviaron el veneno del afecto en la mejilla derecha ruborizada. Juvencio repuso: -Shinye esta con migo porque hay muchas modos por explorar para vivir-

Juvencio y Shinye partieron juntos, mientras el horizonte ocultaba los últimos destellos del sol y las estrellas prematuras afloraban en el lúgubre caparazón. En la antesala del hogar paterno la noche fue decayendo, mientras el hijo daba puntapiés al circulo inflado con estilo "Pele" y el portero inmovilizado desconocía la ruta fugaz del globo; libre se revolcó hasta no mas poder, los hilos aglutinados se enmugrecieron, tibias burbujas salinizadas interferían su mirada, la epidermis enrojeció, la bomba cardiaca acelero su palpito y solo así, el diminuto gladiador disminuyo su ritmo. Reposo en el piso con posición fetal y dijo: - Papi vamos a dormir-

Encubiertos con cobijas 4 tigres Shinye solicito el inexorable ultimo deseo: - Juvencio invéntate un cuento-. Juvencio vio una antesala mental propicia para cambiar los deseos de su hijo, por lo cual contó lo siguiente: -En un municipio donde los niños jugaban con las mariposas, ramas, piedras, árboles, tierra e incluso lombrices para asustar a las chicas, ellos, aprendieron que todo recurso natural era valido e imprescindible para inventar e innovar juegos. Sin embargo, los tiempos cambiaron; un domingo apareció un personaje especial, pues tenía una vitrina llena de carros, muñecas, súper amigos, soldados y demás miniaturas móviles que engolosinaron a los niños; desde ese momento se olvidaron de las mariposas, pájaros y flores. Los padres al principio complacieron los anhelos de los niños, quienes se habituaron a comprar cada domingo un nuevo juguete que el vendedor llevaba para mantener el negocio, desde ese entonces, lo dominical se torno en una carga pesada para los progenitores. Los padres se enojaban, lloraban y enfurecían al no poder complacer los deseos de sus hijos, hasta que un día uno de los niños vio por primera vez la tristeza en el rostro de sus padres y decidió volver a jugar solo en el bosque, a los dos días eran tres niños retomando lo abandonado, a los cuatro días quince niños, a los seis días todos los niños nuevamente juntos jugando entre hojas y mariposas, y el día domingo el vendedor se quedo sin vender un solo Dinosaurio rozado y se marchó. Los niños continuaron innovando juegos e inventando elementos con los recursos provistos por el bosque. Shinye respiraba a profundidad esperando inmóvil el amanecer.

Después del baño al amanecer, Padre e Hijo marcharon a la iglesia, habito deseado por el infante en un municipio más allá del habitado. Tomaron una buseta rural, descendieron en la plaza de mercado y mientras la traspasaban lateralmente; Juvencio observo a Shinye restregando con sus pequeñas manos los tiernos, delgados y negros cabellos, contemplación que se corto con la frase infantil: - Papi, esos juguetes están dañando mi mente-, - Porque dices eso- repuso Juvencio, a lo que contesto Shinye: - Solo estoy pensando en ellos-, no hubo respuesta por parte del padre y juntos continuaron como transeúntes abandonando la plaza.

Llevaron dos velas como de costumbre al niño Jesús de Praga, una para cada uno y Juvencio dejo que Shinye hablara libremente con su tercer amigo que los acompaña cada día en la distancia. Los dos, como de costumbre no escucharon el sermón dominical, por lo cual en quince minutos salieron de la iglesia y Shinye sin premura expreso nuevamente una loable idea complementaria: - Papi hable con Dios-, ¿Que le dijiste? pregunto el padre, a lo cual Shinye respondió: - Dios, esos juguetes me están afectando- entonces Juvencio nuevamente pregunto: ¿Qué te respondió Dios?, - Que no piense más en ellos-.

Entonces el padre auguro: - El chino es un gladiador ante los deseos del mundo material-

Harold Juajibioy Otero
Juan Camilo Juajibioy Jamioy.

<mailto:haroldjuajibioy@yahoo.es>